

á quien Dios, en testimonio de su especial predilección, le ha quitado el juicio, para retenerlo prisionero en el cielo. El primero estaba delante de una tienda en la calle Mayor. Distinguílo desde lejos y me detuve para contemplarlo; pues sabiendo que á los santos todo les es lícito, no quise exponerme á recibir un varazo que me doblara, como le aconteció á M. Sordeu, cónsul de Francia, ó un salivazo en el rostro, como le avino á sir Drummond-Hay. Pero el intérprete me tranquilizó diciéndome:

—No tenga su merced cuidado, que los santos de Tánger han puesto juicio, desde que las Legaciones les metieron en cintura, merced á algunas *razones convincentes*, y en todo caso los mismos árabes le servirían á usted de escudo para evitar que el santo se comprometiera.

Con estas seguridades pasé delante de aquel fantasma, y le observé atentamente. Era un viejo, todo cara y barriga, cuyos larguísimos cabellos blancos le caían por la espalda, descendiéndole hasta la cintura su barba hirsuta y enmarañada; ceñía aquéllos con una corona de papelón, llevaba un capisayo muy corto echado hacia atrás, y con la mano derecha empuñaba un lanzón de punta dorada. Sentado en el duro suelo, con las piernas cruzadas y apoyado contra el muro, contemplaba á los viandantes con aire enojado. Paréme: me miró.

—Aquí es ella, dije para mí; ahora requiere la lanza.

Pero ésta tuvo juicio, y pude quedar maravillado ante la expresión tranquila é inteligente de aquellos ojos, y del rayo furtivo de redomada bellaquería que en ellos brillaba y que parecía decir: —Tú esperabas que yo te diera ¿eh? pues te has llevado chasco.

Indudablemente era uno de tantos impostores que se fingen

locos para gozar las inmunidades y privilegios concedidos á los santos. Arrojéle una moneda que recogió con afectado descuido, y dirigíme hacia la plaza donde apenas llegado encontréme con otro. Éste era un santo de veras, ó sea un mulato, casi desnudo, apenas hombre en el rostro, hecho su cuerpo una lepra asquerosísima que de los pies á la cabeza le cubría, todo huesos y pellejo, hasta el punto de poderse contar uno á uno los de su esqueleto: milagro parecía que alentara. Daba vueltas por la plaza con lentitud extraordinaria, sosteniendo con no poca fatiga una bandera blanca que los muchachos se apresuraban á besar, en tanto que otro mendigo, al cual acompañaban dos músicos, que tañían rabiosamente un pífano y un tambor, pedía limosna para aquél, yendo de una á otra tienda. Paséle cerca, enseñóme el blanco de sus ojos: miréle, me miró: y como me pareciera que revolvía algo en el interior de su boca, larguéme más que de prisa sin volver siquiera la cabeza.



El santón

—Ha hecho su merced perfectamente en alejarse,—me dijo el intérprete,—porque si le hubiese escupido, no le quedaba más remedio que aguantar, ya que, lejos de compadecerle, habría de seguro oído decir á algunos árabes: «¡No te seques, afortunado cristiano! ¡No ocultes la señal de la benevolencia de Dios! ¡Dichoso tú que has alcanzado la ventura de que el santo te escupa á la cara!»

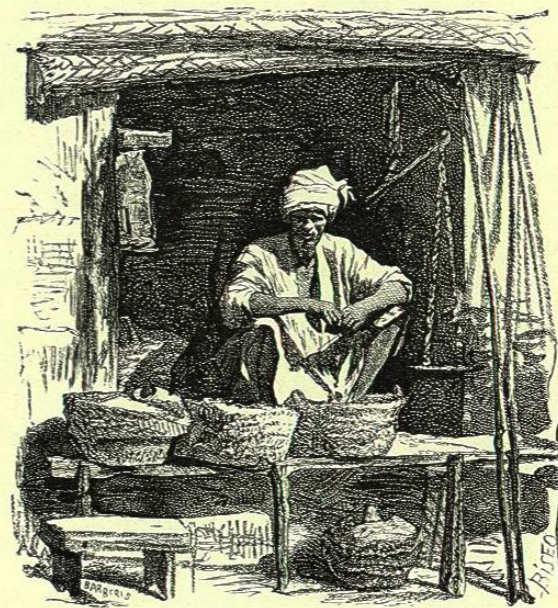
* * *

Esta noche he vuelto á oír el son de la guitarra y la voz que llegó á mis oídos el día de mi llegada á Tánger, pudiendo añadir que por vez primera he *sentido* la música árabe. En aquella interminable repetición del mismo motivo, casi siempre melancólico, existe no sé qué de indefinible que va directamente al corazón. Es algo semejante á un lamento, á una queja dulce y plañidera que acaba por sojuzgar el ánimo como el murmullo de la fuente, como el canto del grillo, como el acompasado golpear del martillo sobre el yunque, cuando llega al oído del viandante que pasa de noche por las cercanías de una aldea. Siéntome obligado á recogerme y á meditar cual si quisiera hacerme cargo del significado de aquella eterna y arrobadora palabra que suena constantemente en mis oídos. Es una música bárbara, sí; pero ingenua, sencilla, llena de dulcedumbre, que me transporta con el sentimiento á las edades primitivas; que hace revivir en mi memoria las infantiles impresiones que en mí produjo la primera lectura de la Biblia; que despierta en la mente el recuerdo de ensueños mil completamente olvidados; que me hace fantasear curiosidades y espectáculos de pueblos y países fabulosos; me traslada á tierras lejanas pobladas de bosques de árboles desconocidos, en medio de los cuales distingo venerables sacerdotes colocados en derredor del ídolo de oro, ó á llanuras inmensas, interminables; á soledades solemnes, junto á caravanas en reposo que inquietan con la mirada el inmenso abrasado horizonte, ó humillada la cabeza rezan sus oraciones. De todo cuanto me rodea, nada hay como esas pocas notas de una apagada voz y de una guitarra mal tem-

plada que más vivamente me haga sentir el deseo de volver á ver á mi amada madre.

* * *

Las tiendas moriscas son dignas de estudio por su rareza. Imagínese una especie de cuchitril levantado del suelo cosa de un metro, con una sola abertura hacia la calle, en la cual se apoya el comprador como en una ventana, y se tendrá de ellas una idea exacta. El tendero se sitúa en el interior, sentado al estilo oriental, con una parte del género amontonada al alcance de su mano, y otra por detrás de él colocada en pequeños estantes. Es realmente un



Tendero árabe

espectáculo curioso el que ofrecen aquellos moros viejos, barbudos, inmóviles como autómatas, metidos en el fondo de aquellos oscuros tenduchos. Diríase que no son las mercancías sino ellos los que están expuestos á guisa de muestra y á semejanza de lo que sucede con los *fenómenos vivos* que se exhiben en los barracones de las ferias. ¿Están vivos? ¿Son de madera? ¿Dónde se halla el mecanismo en cuya virtud aparecen y se esconden? Y de esta suerte inmóviles y silenciosos se están una hora y otra y otra y aun el día entero,

repasando las cuentas de un rosario y murmurando las palabras de sus plegarias. Imposible imaginar el aspecto de soledad, de fatiga, de tristeza que aquellos interiores respiran. Diríase que cada uno de aquellos tabucos es una tumba, en la cual, el que debe ocuparla, separado ya del mundo, hase instalado á prevención para aguardar tranquilamente la llegada de la muerte.

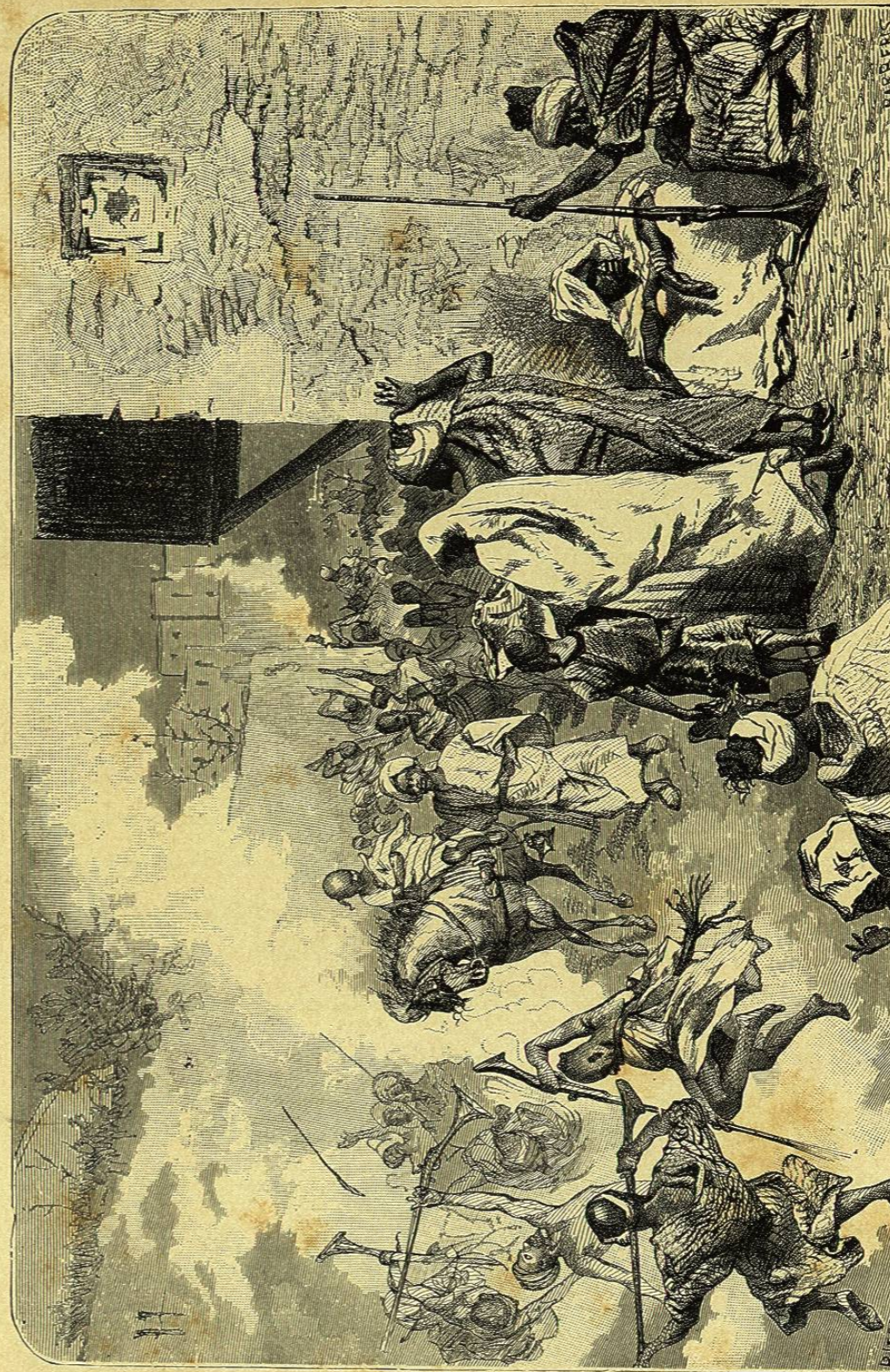


Cambista judío

* * *

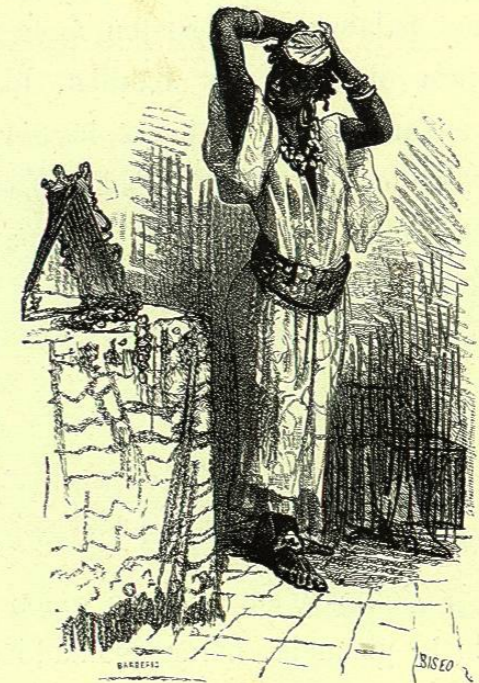
He visto dos niños llevados en triunfo, después de la solemne ceremonia de la circuncisión. Uno de ellos tenía como seis años, el otro no llegaba á cinco. Iban montados en una mula blanca, y vestían túnicas rojas, verdes y amarillas, recamadas de oro, cubiertas de cintas y de flores, en medio de las cuales á duras penas podían dis-

tinguirse sus pálidas caritas, en las cuales veíanse aún pintadas las señales del espanto y del estupor. Delante de la mula engualdrapada y encintada como caballo en día de gala, marchaban tres músicos que sonaban furiosamente un tambor, un pífano y una corneta: á los lados y detrás veíase á los padres y amigos, uno de los cuales sostenía á los niños sobre la silla y otro les ofrecía confites, en tanto que algunos les



De vuelta de la circuncisión

acariciaban y los demás disparaban escopetazos al aire saltando y gritando. Si no hubiese conocido el significado de aquella ceremonia, habría creído que los pobres niños eran dos víctimas inocentes conducidas al sacrificio, con todo y que el espectáculo no estaba desprovisto de cierta gracia y poesía. Sin embargo, habríale encontrado más poético aún, si no me hubiesen dicho que la operación sagrada se había llevado á cabo con la navaja del rapa-barbas y monda-cráneos.



Racma, criada negra

* * *

Esta noche he asistido á una extraña transformación de Racma, la criada negra del ministro. Su compañera ha venido á buscarme, me ha acompañado andando de puntillas hasta una puerta entornada, y abriéndola de repente, ha dicho:

—He ahí á Racma.

He quedado tan sorprendido ante el espectáculo que ofrecía á mis ojos aquella negra, que había visto siempre vestida con el traje de una mísera esclava, que apenas sabía dar crédito á la realidad. Dijérase que era una sultana escapada del palacio del emperador: la reina de Tumbuctu: una princesa del ignorado reino del Africa, transportada por arte de encantamiento al lugar en que se hallaba. La ví sólo bre-

vísimos momentos y me será difícil describir con exactitud su traje. En él se veían el blanco de la nieve, el rojo de la púrpura, y un deslumbrante fulgor de galones de oro, amortiguado en parte por un velo transparente, que con el rostro negrísimo de la joven, ofrecían una tan desusada armonía de color y una riqueza tan bárbaramente magnífica, que no existen palabras que basten á encarecerla. Cuando me acercaba para observar los detalles, toda aquella pompa desapareció repentinamente bajo la lúgubre mortaja mahometana, y la reina quedó transformada en espectro, y el espectro desapareció, dejando lleno el aposento de aquel olor nauseabundo y salvajino propio de la raza negra, que acabó por disipar el último resto de ilusión.

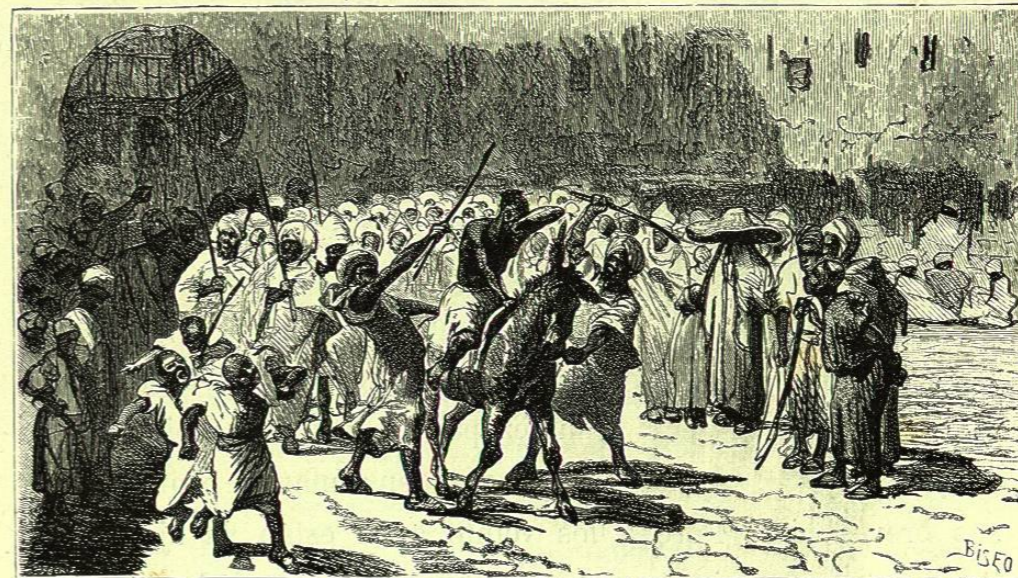
* * *

Como llegara á mis oídos un gran rumor que procedía de la plazuela, heme asomado á la ventana y he visto pasar un negro, desnudo de medio cuerpo arriba, montado en un asno, á cuyos lados marchaban algunos árabes armados de sendas varas, y seguidos de un enjambre de chiquillos que gritaban como endemoniados. De pronto imaginé que era cosa de broma y miré con los gemelos; mas en seguida me retiré horrorizado. El blanco calzón de aquel infeliz estaba manchado por la sangre que manaba de sus heridas. Los árabes con varas eran soldados que lo apaleaban. Pregunté por qué se le castigaba de aquella suerte, y dijéronme que por haber robado una gallina.

—Puede darse por dichoso,—añadió un soldado de la Legación,—pues según parece no le será cortada la mano.

* * *

Hace siete días que estoy en Tánger y esta es la hora en que no he visto una mujer árabe. Figúraseme que me encuentro en una inmensa reunión de mujeres disfrazadas de hechiceras, cual se las imaginan los muchachos, y envuel-



Castigo de un ladrón

tas en una mortaja. Andan á grandes pasos; pero lentamente y un poco encorvadas, cubriéndose el rostro con el extremo de una especie de manto de lienzo, debajo del cual no llevan más que una camisa de mangas muy anchas y largas, ceñida al talle por medio de un cordón, como el hábito de un monje. Nada más se ve de su cuerpo que los ojos, la mano que sujeta aquella especie de antifaz, teñida de rojo, especialmente en la extremidad de los dedos, y los pies desnudos, teñidos del propio modo, y metidos en anchas babuchas de color ama-